

**NIETZSCHE: LA TRAGEDIA GRIEGA
Y ZARATUSTRA. (LOS ORÍGENES
DEL ZARATUSTRA DE NIETZSCHE
EN EL PENSAMIENTO GRIEGO CLÁSICO)**

Otilio Flores Corrales

A Robert Graves¹
*Pequeño niño esbelto, cabeza de sapo
para quien los siglos y las lenguas son como un juego de dados,
sonrieme donde hechizado me pierdo,
ahito de carne amarga,
borracho con el arrullo de tu virgen madre.
Pequeño niño esbelto nacido del relámpago,
gran maestro de los magos...
guíanos con tu canción...*
Robert Graves

Se cumple el primer centenario luctuoso del filósofo Friedrich Nietzsche. Centenario que coincide con el fin del siglo XX y con el inicio de éste no menos violento.

¹ La dedicatoria es expresión de un modestísimo homenaje al autor de varias obras maestras, entre otras: *La diosa blanca*, *Los mitos griegos*, *Los mitos hebreos*, *Los dos nacimientos de Dionisio*, *La comida de los centauros*.

¿Qué decir del legado de Nietzsche? Su legado es, en gran medida, parte importante de la producción del pensamiento humanístico del siglo XX.

Nietzsche, con su obra —estemos o no de acuerdo con ella— es un gigante, es un titán no sólo por la relevancia de sus ideas, sino por su genialidad y por la maravillosa belleza de sus escritos.

No es un autor que se pueda etiquetar con un solo adjetivo. No es *un especialista* sólo en tópicos filosóficos, morales o literarios. No. Es esencialmente un crítico de la humanidad, de *una idea del hombre* moderno que toca al contemporáneo, es decir, a nosotros mismos.

Las raíces de su pensamiento son múltiples. No se encuentran únicamente en la tradición Alemana de su tiempo (Goethe, Kant, Schopenhauer...). Todo lo clásico lo tocan sus fundamentos. Pero no sólo lo clásico compone sus antecedentes centrales. Es un riguroso estudioso y crítico del mundo greco-romano, pero también en sus raíces está el mundo Oriental antiguo. Buda, Confucio, Cristo, Zaratustra o Zoroastro, son sólo algunos de los protagonistas que hablan de su panorámica planetaria en la historia de los torales temas, a los que lanza sus aforismos filosos.

Nietzsche rompe la tradición filosófica. No está todavía en las listas oficiales del *pensamiento riguroso*, científico y académico en muchos claustros educativos como universitarios en varios sitios nodales.

Sin embargo, el autor y la obra que hoy nos congrega aquí, es de capital importancia *en todas las ciencias, filosofías, antropologías o teorías sociales* del mundo entero. Se trata de un pensador de alcances polémicos. Su influencia no ha sido sólo teórica o intelectual; en su nombre se han encaminado las tareas que quisieron legitimizar totalitarismos que cambiaron los vectores históricos del siglo pasado.

De la vasta obra de Nietzsche, tal vez, uno de los puntos culminantes o más altos sea su Zaratustra. Y es justo esa obra maestra de la que voy a hablar a continuación.

¿Qué del Zaratustra? ¿Qué de sus cuatro partes? ¿Qué de las partes de esas partes? Mi disertación no es en particular sobre algún o algunos fragmentos del texto. Y así, en cambio, en lo general, trata sobre la figu-

ra y esencia de Zaratustra, a partir de su obra así llamada, fundiendo e hilando su personalidad con los matices característicos del dios griego Dionisos.

Sin embargo, para abordar semejante osadía de querer tratar “a la esencia” de Zaratustra en una sola ponencia, es imprescindible, al menos, hacer tres escalas para intentar aproximarse a un discurso satisfactorio y riguroso.

El primero, sería hablar —al menos como presentación— del universo del mazdeísmo; el segundo, sobre la idea griega de Dionisos y de sus ritos que lo envuelven (analizando los vínculos que existen entre éste —es decir, Dionisos— y el mundo del Shivaísmo de la antigua India), y el tercero, sobre la crítica que hace Nietzsche a la tradición cristiana (también judía y hebraica) a partir del mundo socrático del que escribió nuestro autor.

Aquí sólo trata la cuestión griega, pretendiendo enlazarla (como centro) con los demás elementos a los que me he referido como primeros y terceros, para hablar de la idea de Zaratustra como idea: dionisiaca (Menipiana, cínica, Lucianezca, etcétera) del hombre posible; como idea de la libertad y de la autenticidad hoy así ausente entre nosotros. En síntesis, he de tratar una idea ética a partir de lo que he denominado aquí *esencia de Zaratustra*.

Tragedia griega

*Los sacerdotes no son lo que un vano pueblo piensa,
su única ciencia es nuestra credulidad.*

Voltaire

Los antecedentes son siempre complejos y múltiples. La fusión de culturas hace —en lo más arcaico— obscura por instantes la certeza de la sentencia posible. Del mundo antiguo, en más de las ocasiones, sólo nos quedan fragmentos, versiones encontradas... Y de aquel majestuoso universo, todavía hoy suenan los ecos, aunque distantes, de magnas culturas y de grandes religiones que no dejan de cesar, en el enorme murmullo cósmico de la conciencia de los hombres.

Hubo hace muchos años (con raíces que se pueden remontar hasta tal vez más de tres mil años), allá en lo que hoy conocemos como la India y Persia, una religión muy antigua de donde viene el Mazdeísmo. Mazdeos y Parsis que aún hoy existen en Bombay y en los desiertos que hay entre Teherán, Bangladesh y Afganistán. Los Parsis, se autodenominan los *hudin*, de ahí la palabra los indios o los hindús; en cambio, los hombres del medio oriente se hacen llamar los *Vedhin*, de ahí los *veduinos*. (En ambos casos, cada una de estas dos palabras —es decir, Mazdeos y Parsis—, significa: de buena religión).

Me refiero a esta religión magnánima, porque los adoradores de Mazda o de *Ahura Mazda* (que significa Señor Sabio), eran los seguidores del profeta *Zaratustra o Zoroastro*. De esa leyenda, esa personalidad arcaica incluso, los griegos antiguos tuvieron noticias.

Zaratustra pertenece a una tradición muy añeja junto con otras divinidades de sublime linaje como *Shiva*, uno de los dioses más importantes de las cosmologías madres del ámbito sánscrito e indoeuropeo.

Los griegos, al igual que otros pueblos y culturas de la antigüedad, importaban y exportaban dioses. En el caso de las importaciones, Homero y la tradición a la que perteneció, es central en el tránsito que expresaba su épica hacia *la movilidad de los hombres* en los terrenos y geografías que se remontan a los meridianos prehoméricos y, a la vez, no griegos. No entraré en la discusión si Zaratustra o Shiva fue el primero en las raíces de Occidente aquí. Sólo me atrevo a decir ahora que fueron las figuras de estas divinidades las que antecedieron e hicieron posible a las esenciales como a la de Dionisos.

Dionisos era el dios al que festejaban las bacantes, al cual le hacían honor los ritos que tenían que ver con la fiesta, las orgías, los misterios, la manía o el éxtasis. Era un dios que, cuenta la tradición, llegó montado sobre elefantes escoltados por mujeres pseudodesnudas y ebrias; venía de las tierras de India.

Dionisos o Dioniso, o en tradición romana, Baco, era el dios por excelencia de la embriaguez, pero no sólo de la embriaguez, era también, en esencia, según Hesíodo, el del caos, la antípoda de Apolo, dios de la belleza, del orden y de la inteligencia.

Los dioses eran un orden (tal vez lo sigan siendo). Eran, a la vez, figuras míticas y religiosas. Los magos, los misterios y los ritos eran una unidad en aquel mundo de rapsodas, de sabios y de poetas.

Dionisos era parte de ese orden o cosmos. Lo que representaba su esencia era una parte del ser humano aún hoy no descifrada definitivamente. En los ritos arcaicos, se le representó en las fiestas y en los certámenes con una máscara para conmemorarlo y honrarlo. Esa máscara y esas representaciones en aquellas festividades dieron origen a la Tragedia Griega.

Pero ¿qué era la *Tragedia* en aquella Grecia naciientemente clásica? La tragedia nace de la tradición de los rapsodas entre la épica y la lírica, en el querer representar alegorías e *historias* o *mitos*, a manera de certamen o competencia en las fiestas para los dioses. La tragedia era una forma de representar las versiones que los poetas preparaban o hacían sobre los mitos o relatos antiguos. Así, por ejemplo, el Edipo o la Antígona eran representaciones, y como trágicos ganadores o mejormente calificados, hoy conocemos a Sófocles o Esquilo.

La Tragedia nace de las festividades dionisiacas entre las orgías y las magnas coberturas etílicas que hacían circular no sólo vino sino alucinógenos y estimulantes, no sólo sexuales.

El significado de la tragedia griega es variado. Indagar en ella es querer explicar la risa, el orgasmo, el placer, el llanto, el orden y sus límites... Pero los griegos vivieron esta génesis de la tragedia no como la desmesura en sí, sino como la puerta a la posibilidad del misticismo que Occidente, desde entonces, se negó a aceptar. Grecia vivió este éxtasis únicamente un instante. Su lapso, sólo unos cuantos años, tal vez diez, quizás únicamente veinte. Ni Grecia soportó estas festividades que la cultura cristiana ha satanizado de una manera total.

En una sociedad de poetas y de sabios, sólo en la comunidad de Píndaro o de Pericles claudicaron estas ceremonias que contenían como anfitriones a pitonisas y magos. Sócrates, en pluma de Platón, dice que a la Tragedia no la alcanzó a vivir. La tragedia era un fenómeno más antiguo, fue contemporáneo de Heráclito, de Eleusis de los órficos de los hijos de los pitagóricos...

Pero la tragedia no es la desgracia. Ser un hombre trágico en el mundo griego clásico, es ser un hombre que quiere cambiar su destino: un sujeto que lucha contra su destino a sabiendas de él. Queda así claro, por ejemplo, que Edipo era un ser trágico al no querer matar a su padre y casarse con su madre pero que incluso, intentándolo, no logra transformar lo que las pitonisas o adivinos le habían pronosticado.

Dionisos es un Dios *que juega* sin el logos, sin la *ratio*, sin la posibilidad de asumir un orden predeterminado como sustancia humana y divina. Se transforma en el *daimon* socrático, en el *ethis* homérico, es decir, en el carácter, de los cimientos de lo que será la ética en el Occidente.

De manera rápida hay que decir que el *daimon* griego, la tradición cristiana lo tradujo, no por carácter (que ése era su significado originario, filológico y filosófico), no, sino por el de demonio. Palabras profundas y mal traducidas como otra también central griega: *phatós* (que significó pasión o entrega) y que la tradujo la patrística por enfermedad.

Pero estas traducciones no son un fenómeno aislado o fortuito; no son un capricho de los traductores o escribas. No, la fiesta y lo posible, el cuerpo, el sexo, la pasión, se satanizaron. Los “por qué” de este fenómeno complejo son interesantísimos pero dignos de ponencia aparte.

Apolo como contrasentido dionisiaco, fue el dios que venció como *un deber ser* del mundo en Occidente. El dios-demonio pasó a las obscuridades y sentencias medievales con las cuales se erigieron las grandes ideas estoicas, y sólo pocas mentes genias retomaron las cuestiones que antecedieron al Zaratustra Nietzscheano. Luciano de Salmosata fue un gigante de entre ellos.

Nietzsche explora el mundo antiguo. Es sabido que fue filólogo griego. Su mente estaba en la tragedia, en lo que posibilitó a semejante empresa de la humanidad. Pero volteó aún más atrás y retomó al nombre y algunos rastros del que adoraba a Ahira Mazda, puso sobre todo, ver en Zaratustra, al espíritu de Dionisos.

Zaratustra

*¡Por encima de vosotros mismos debéis amar alguna vez!
¡Por ello, aprended primero a amar!
Y para ello tenéis que beber el amargo cáliz de vuestro amor
Así habló Zaratustra.*

Zaratustra baila y es capaz de embriaguez; no es amigo de los caminos de la masa; Zaratustra sabe reír, Zaratustra camina en la soledad.

A Zaratustra se asemejan y se aproximan figuras como las de Menipo, Antístenes, Crátes o Diógenes, el cínico. Zaratustra es atemporal, pues pertenece a todos los tiempos. Su reminiscencia y su ser son arcaicos. Viene de la montaña hacia los hombres y tiene cierta simetría con profetas de la talla de Cristo o Buda.

Zaratustra aunque tiene, no quiere discípulos. Habla del Hombre al hombre. Quiere decir y dar una idea del Hombre al hombre que puede ser otro. Zaratustra es crítico y sus enseñanzas en el fondo no son para el pueblo.

Detesta lo pequeño; en síntesis, a la mediocridad. Piensa en un alma más amplia... habla de la Libertad, del amor, de las tablas viejas y nuevas, notifica que dios ha muerto: a Zaratustra como a Jesús no lo entienden, pero algunos lo siguen.

Los sentidos de Zartustra son los sentidos de lo posible. Hay muchas interpretaciones y en todas tiene cabida. Para Heidegger, por ejemplo, Zaratustra es un portavoz: es aquel que aclara de qué y para qué habla. Colli tiene otra postura, Bataille arma su obra con él...

Pero Zaratustra como bailarador, como ser de los fríos y de las alturas, no pertenece sólo a Occidente. Es un ser de los desiertos: en sus raíces también se encuentran los vedas, Buda: el eterno retorno es un mito sánscrito. Predica un retornar a sí mismo como un autoconocimiento para ejercer las más amplias realidades entre lo posible. La libertad es una columna vertebral de sus andanzas y de su risa. Zaratustra habitó, como Dionisos, en los laberintos más recónditos del ser humano.

El sufrimiento y el dolor son lo mismo que el placer. Juega con las

sentencias antiguas. Es un mundo guerrero. Y como tal trata y quiere a la verdad, como hay que querer a las mujeres: desinteresadamente.

Quiere un espíritu templado. No fácil. Dionisiaco, creador, con manía, es decir, con locura. Un espíritu apartado, fuera de lo débil y enfermo; lo que quiere es voluntad de poder frente a la voluntad racional, lo que quiere es fuerza, lo que anhela es vida. Una vida auténtica.

La voluntad ahí debe de ser estética, es decir, la voluntad puede en Nietzsche ser, un querer que vaya más allá de la necesidad, más allá del poder. Para eso la formación del carácter, es decir, del *ethós* griego.

La dignidad y el carácter del ser hombre es constantemente una acción como estética. El sentido de la fiesta así, no obstante, no es la indiferencia. La verdad y la ilusión se vuelven necesarias. Pero lo que hoy conocemos como verdad y como ciencia es sólo un coto de poder entre una y otra mafia. La verdad se ha vuelto un negocio y la ciencia un nuevo ídolo.

Zaratustra invoca los excesos. También ama la carne, la buena carne. La pasión en él no es la enfermedad sino el placer de la acción. Es pensamiento contranatural estatal.

Se trata de una aparente destrucción del sentido. Pero es posibilidad de sentido: de un sentido estético. Zaratustra piensa en las raíces del Occidente decadente entre las ruinas de los imperios del pensamiento judío y hebreo: pero también critica a los griegos. Y uno de sus ejes es que entre sus líneas, no emerge una nueva ideología ni una nueva religión, sino otra posibilidad de ser hombre, de resurgir de entre los escombros, un hombre más amplio y sano frente a la humanidad mermada que se presenta en los hombres sin carácter que también los hay, y muchos en nuestros tiempos, entre nosotros, seres que se han perdido no sólo la capacidad de amar, sino hasta de reír.

Los que buscan sólo la apariencia, los que pretenden solamente el reconocimiento de la masa, los que dicen lo que quieren escuchar los muchos, esos insolventes hoy los llamamos sabios virtuosos... pero aun así, de ellos jamás ha sido, jamás será el mundo: el tiempo lo enmienda todo. Zaratustra no enseña a mentir, sino a crear. La vida posible: la del arte.

Algunas conclusiones

*El verdaderamente poderoso
es el que puede consigo mismo*

Lizbeth Sagols

Zaratustra no sólo es creación literaria, política o filosófica. Sus aristas apuntan también hacia las exploraciones antropológicas que desata la figura de Dionisos.

La lectura clave que podemos hacer aquí es ética. Es decir, la estructura del pensamiento de Nietzsche en su Zaratustra, por un lado, es una crítica al humanismo y a la tradición cristiana como filosófica. Por el otro, es un enfoque o diagnóstico que sobre la humanidad hace pensando en el *hombre* y en sus principales síntomas no sólo de su tiempo, sino de los del porvenir.

Hay una ausencia de autenticidad entre nosotros. No hay principios ni devenir: existe una vacuidad en los conceptos, en las palabras y en el conocimiento. Algo le ha pasado a la humanidad que ha tocado sus vértebras más secretas y delicadas.

Estamos transitando tiempos como los que se vivieron de la antigüedad al mundo clásico, como los que atestiguaron los cambios del medioevo al moderno. Las estructuras de la conciencia, de las acciones y de los sueños están cambiando. La informática es sólo un instrumento de las mutaciones de las que hablan las palabras de Nietzsche.

Hay una contundente e inocultable crisis en la cultura Occidental. Y Dionisos no está presente: hay nuevos dioses que hablan de nuestra naturaleza servil y sumisa. La fiesta ha caído en ser sólo un pretexto para la fuga del presente. Hemos también olvidado la risa. ¡Y qué decir del amor! A la risa la hemos traspasado a la burla; el amor al interés... La verdad es más que un buen negocio, es una moda, como el derecho. El Estado no tiene a la vista alternativas. Los fundamentalismos y la violencia impera más por miedo, que por valor; más, mucho más por ignorancia, que por carácter.

Nietzsche recoge la templanza y la prudencia de los hombres antiguos, de los grandes hombres de la humanidad. Pero no los hace ni los

presenta como "El camino". Sólo alerta y llama la atención propugnando por el *ubermensh*. Pero habla del eterno retorno diciendo que la vida puede ser una obra de arte, y va más allá pensándola como bella para querer vivir esta vida, de tal manera que deseemos vivirla otra vez, infinitamente.